

[Cartas escritas en el camino a la deportación en 1907]

León Trotsky

3 / 16 de enero – 12 / 25 de febrero de 1907

(Tomado de *1905*, en nuestras *Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS)*, páginas 188-201 del formato pdf.)

3 de enero de 1907. Hace ya dos o tres días que hemos sido encerrados en la cárcel de los deportados. Confieso que dejé la celda de detención preventiva con cierta inquietud nerviosa, porque ya estaba del todo acostumbrado a aquella celda minúscula en la que tenía posibilidad de trabajar, mientras que en la Casa de Deportación sabía que se nos pondría en una habitación común, lo que resulta bastante penoso. Pensaba, además, en el barro, las idas y venidas, y en todas las complicaciones de un viaje por etapas. Nadie podía saber el tiempo que pasaría hasta llegar a nuestro destino, y nadie hubiera podido decir cuándo volveríamos. Cuánto mejor hubiera sido, pues, quedarme encerrado en la celda 462, como antes, leyendo, escribiendo y... esperando. Si cambiar de casa supone siempre un esfuerzo sobrehumano para mí, lo es mucho más un cambio de prisión, que es mil veces peor. Nueva administración, nuevas dificultades y nuevos esfuerzos para tratar de entablar relaciones con las personas que no sean demasiado odiosas. Además, hay que pensar en un continuo cambio de jefes, desde la administración de Petersburgo hasta el guardián del pueblo siberiano donde pasemos el tiempo de deportación. He pasado ya una vez por esta escuela y vuelvo a ella por segunda vez sin ningún entusiasmo. Se nos ha enviado aquí súbitamente, sin prevenirnos. En el vestíbulo nos han obligado a ponernos el traje de los presidiarios. Hemos cumplido esta formalidad con curiosidad de escolares. Es divertido verse con pantalón gris, casacón gris y gorro gris. Sin embargo, no llevamos a la espalda el as de oro, el trozo de trapo, la insignia clásica. Se nos ha permitido guardar nuestra ropa interior y nuestros zapatos. Hemos entrado en grupo, bastante animados, vestidos con la nueva ropa, en la habitación que nos esperaba. El trato que nos ha dado la administración, a pesar de la mala reputación de esta casa, ha sido relativamente pasable y hemos notado incluso ciertos agasajos. Hay razones para pensar que han debido recibir instrucciones especiales: “vigilarnos rigurosamente, pero no provocar incidentes”.

Como otras veces, mantienen en el mayor secreto la fecha de partida, porque temen sin dudas manifestaciones y, quizá, una tentativa de liberarnos durante el camino. Temen eso y toman las medidas necesarias, pero, en las actuales circunstancias, un intento de este tipo sería verdaderamente absurdo.

10 de enero de 1907. Os escribo desde el tren... Perdonad la letra... Son las nueve de la mañana.

El vigilante jefe nos ha despertado esta noche a las tres y media; la mayor parte de nosotros acabábamos de acostarnos, habíamos estado jugando al ajedrez. El vigilante ha dicho que nos pondríamos en camino a las seis. Hemos esperado tanto tiempo la partida que una vez fijada la hora nos ha sorprendido... resultaba inesperada. Después todo ocurrió como de costumbre. Hicimos rápidamente nuestros paquetes, embarullándolo todo, y bajamos al vestíbulo, donde nos esperaban las mujeres y los niños. Allí nos “entregaron” a la escolta, que examinó rápidamente nuestros equipajes. Un ayudante adormilado dio nuestro dinero al oficial. Después, se nos instaló en los coches y, bajo guardia reforzada, nos llevaron a la estación Nicolás.

No sabíamos aún a qué lugar íbamos. Es curioso que nuestra escolta haya venido hoy mismo de Moscú; evidentemente, no tenían confianza en los soldados de Petersburgo. El oficial se mostró muy amable en el momento en el que le entregaban sus prisioneros, pero a todas las preguntas que le hacíamos respondía invariablemente que no sabía nada. Dijo que un coronel de policía era el encargado de nosotros y que todas las órdenes venían de él, que él estaba solamente encargado de llevarnos a la estación, y eso era todo. Es posible, desde luego, que el gobierno haya llevado la prudencia hasta ese extremo pero, por otra parte, es lógico suponer que el oficial se comportaba diplomáticamente.

Hace ya una hora que está andando el tren y aún no sabemos si vamos hacia Moscú o hacia Vologda. Los soldados no saben nada tampoco; es cierto que no lo saben.

Tenemos un vagón aparte, de tercera clase, un buen vagón, en donde cada uno dispone de una litera. Para los equipajes tenemos también un vagón especial en el que, según dicen los soldados de la escolta, hay diez policías que nos acompañan, a las órdenes de un coronel.

Nos hemos instalado como personas a las que les resulta indiferente a dónde las conduzcan puesto que de todas maneras vamos a llegar...

Sabemos ya que vamos a pasar por Vologda, porque uno de los nuestros lo ha adivinado al leer el nombre de una estación pequeña. Así que estaremos en Tiumen dentro de cuatro días.

Nuestro grupo es muy animado, el viaje nos distrae y nos anima después de trece meses de prisión. Aunque hay rejas en las ventanas del vagón, vemos del otro lado la libertad, la vida, el movimiento... ¿Volveremos pronto por estos raíles?... Adiós, querido amigo.

11 de enero de 1907. Si el oficial de la escolta es amable y obsequioso, ¿qué decir de los soldados? Casi todos han leído nuestro proceso y nos expresan la más viva simpatía. Un detalle interesante es que hasta el último momento los soldados no sabían a qué personas tenían que conducir ni hacia dónde. A juzgar por las medidas de seguridad de que fueron rodeados cuando se les trasladó de Moscú a Petersburgo, creían que nos tenían que escoltar hasta Schluselburgo para una ejecución capital. En el vestíbulo de la prisión de deportados me di cuenta de que los hombres de la escolta estaban muy emocionados, y que nos trataban con una cortesía extraña, como si se sintiesen un poco culpables. Sólo supe la razón en el tren: habían sentido una gran alegría al saber que se trataba de los “diputados obreros” que no estaban condenados más que a la deportación.

Los policías, cuya misión viene a ser el dar escolta a la escolta, no aparecen por nuestro vagón. Hacen sólo la guardia exterior: rodean el vagón en las estaciones, montan vigilancia ante la puerta y, sin duda, vigilan a los soldados de la escolta. Eso es, al menos, lo que éstos piensan. El agua (hirviendo) y la comida, nos son preparadas según órdenes enviadas por telégrafo. En este aspecto, viajamos con todas las comodidades. Un cantinero, en una pequeña estación, nos ha tomado tanta estima que nos ha ofrecido, por medio de la escolta, tres decenas de ostras. Nos alegró mucho. Sin embargo, rehusamos las ostras.

12 de enero de 1907. Nos alejamos cada vez más de vosotros. Desde el primer día, nuestro mundo se ha dividido en pequeñas familias y, como estamos estrechos en el vagón, los grupos se ven obligados a vivir separados. Sólo el doctor (el socialista revolucionario Feit) no forma parte de ningún grupo. Con la camisa arremangada, activo e infatigable, nos dirige a todos.

Tenemos en el vagón cuatro niños, como sabéis. Pero se portan de maravilla, es decir, se olvida uno de que existen. Se han hecho muy amigos de los soldados de la escolta y los palurdos que nos vigilan les demuestran la más delicada ternura...

... Pero ¡cómo nos vigilan! En cada estación, el vagón es rodeado por los policías y en las estaciones grandes, la vigilancia es reforzada por hombres de la policía móvil. Los policías, además del fusil, tienen en la mano la pistola, amenazando con ella a cualquiera que, por casualidad o por curiosidad, se acerque al vagón. Actualmente no hay más que dos clases de personas escoltadas de esta manera: los “criminales” de estado y los más famosos ministros.

A nuestro parecer, se sigue una táctica bien determinada. Nos dimos cuenta ya en la Casa de Deportación.

Por un lado, la más rigurosa vigilancia, y por otro una conducta especialmente amable, en lo que puede reconocerse el genio constitucional de Stolipin. Parece imposible poner en duda que toda esta complicada máquina acabará por estropearse. ¿Pero por qué lado? ¿Por el de la vigilancia o por el de los buenos modales? Ya veremos.

Acabamos de llegar a Viatka. El tren se ha detenido. ¡Menudo recibimiento nos reservaba la burocracia del lugar! Me gustaría que lo hubiéseis visto. A ambos lados del vagón hay media compañía de soldados formando paso. La segunda fila está formada por los guardias del zemstvo, con el fusil en bandolera. Oficiales, el *ispravnik* [jefe de policía], comisarios, etc.

Ante el vagón, como siempre, policías. En una palabra, una verdadera demostración de fuerzas militares. Evidentemente el príncipe Gorchakov, el Pompadour¹ del lugar, se ha excedido en las instrucciones recibidas de Petersburgo, imaginando esta ceremonia para nosotros. No hemos visto artillería, sin embargo.

Es difícil figurarse un cuadro más ridículo. ¡Cuánta poltronería! Verdadera caricatura de un poder que “sabe ser fuerte”. Tenemos el derecho de enorgullecernos: temen al sóviet, incluso después de muerto.

La cobardía y la estupidez son a menudo el reverso de la severidad y la educación. Con el fin de que se ignore nuestro itinerario, que es, por otra parte, imposible ocultar (sí, puesto que es imposible que sea otro) se nos prohíbe escribir cartas mientras estamos en camino. Esa es la orden del invisible coronel, que se ajusta a las “instrucciones” de Petersburgo. Pero desde el primer día del viaje nos pusimos a escribir cartas con la esperanza de conseguir enviarlas. Y así ha sido. La orden no preveía que el poder no debía contar con sus servidores, ya que amigos desconocidos nos rodean por todas partes.

16 de enero de 1907. Voy a deciros en qué condiciones os escribimos; nos hemos detenido en un pueblo a veinte verstas de Tiumen. Es de noche. Una habitación sucia, de techo bajo, y cuyo suelo está completamente ocupado por los representantes del Sóviet de Diputados Obreros; no hay un intersticio libre...

No se duerme aún, se charla, se ríe... Se ha sorteado, entre tres pretendientes, un ancho diván, y la fortuna me ha favorecido a mí. Tengo suerte en la vida.

Pasamos tres días en Tiumen, donde fuimos acogidos (ya nos hemos acostumbrado a estas recepciones) por una multitud de soldados a pie y a caballo. Los soldados de caballería (“voluntarios”) hacían piruetas y asustaban a los niños. Desde la estación hasta la cárcel fuimos a pie.

Se nos colma de amabilidades, a veces incluso excesivas, pero al mismo tiempo las medidas de seguridad son cada vez más rigurosas llegando hasta la superstición.

¹ La palabra Pompadour entró en el lenguaje ruso como un sinónimo de administrador, de gobernador de provincias, a raíz de un panfleto, que se hizo célebre, el de Saltikov-Chedrin.

Por ejemplo, nos han traído mercancías de todos los almacenes para elegir, pero en cambio nos han negado la autorización para pasearnos por el patio de la cárcel. En el primer caso se nos da una prueba de amabilidad, en el segundo se viola injustamente el reglamento. De Tiumen salimos en coche; para catorce deportados han puesto cincuenta y dos (¡cincuenta y dos!) soldados de escolta, sin contar el capitán, un comisario y un brigadier de la policía rural. Es verdaderamente extraordinario. Todo el mundo está extrañado, sin exceptuar a los soldados y a los jefes. Pero es la “orden”. Ahora vamos a Tobolsk, avanzando lentamente. Hoy, por ejemplo, no hemos hecho en todo el día más que veinte verstas (unos 22 kilómetros), llegando al final de la etapa a la una de la tarde. ¿Por qué no continuamos? ¡Imposible! ¿Por qué imposible? Son las instrucciones. Para impedir toda evasión se niegan a viajar de noche y, hasta cierto punto, es comprensible. Pero en Petersburgo, se tiene tan poca confianza en la iniciativa de las autoridades locales que se ha redactado el itinerario versta por versta. ¡Cuánta actividad en el departamento de policía!

Así que no hacemos más que tres o cuatro horas de viaje al día y estamos parados veinte horas. En estas condiciones, como el camino hasta Tobolsk es de doscientas cincuenta verstas (270 kilómetros); necesitaremos diez días y llegaremos a Tobolsk el 25 o el 26 de enero. ¿Cuánto tiempo permaneceremos allí, cuándo saldremos, dónde iremos? Todo eso es un misterio, no se nos dice nada.

Ocupamos cuarenta trineos. Los vehículos que van a la cabeza del convoy llevan nuestros equipajes. Después vamos nosotros, los “diputados”, dos en cada coche y con dos soldados. Cada trineo sólo tiene un caballo. En los coches de atrás no se ven más que soldados. El oficial y el comisario van en cabeza en una *kocheva* [trineo cubierto]. Los caballos van al paso. Durante un recorrido de varias verstas, al salir de Tiumen, hemos sido acompañados también por veinte o treinta soldados de caballería. Resumiendo, que si se piensa que estas inauditas medidas han sido tomadas por orden de Petersburgo, es porque quieren, cueste lo que cueste, llevarnos a un lugar de los más escondidos. Es imposible creer que este viaje, con cortejo real, sea una simple fantasía de los burócratas... Podría suscitar más tarde serias dificultades...

Todos duermen. En la cocina de al lado, cuya puerta está abierta, los soldados velan. Los centinelas van y vienen bajo la ventana. La noche es magnífica, una noche de luna, muy azul y con mucha nieve. Qué cuadro tan extraño, esos cuerpos tendidos en el suelo y pesadamente dormidos, esos soldados a la puerta y ante las ventanas... Pero como es la segunda vez que hago un viaje de este tipo, mis impresiones no tienen la misma novedad... Ya la prisión de las Cruces me había parecido una mera repetición de la de Odesa, construida según el mismo modelo. Todo el viaje me parece una continuación del que hice la otra vez, cuando me llevaban a Irkutsk...

En la cárcel de Tiumen había muchísimos presos políticos, especialmente deportados por medida administrativa². Estos detenidos, durante su paseo, se habían detenido bajo nuestra ventana y nos saludaron con himnos, enarbolando una bandera roja en la que se leía:

¡Viva la Revolución! Formaban un buen coro, debía hacer tanto tiempo que vivían juntos allí que habían tenido tiempo para coordinar sus voces... Fue una escena extraña y también emocionante. Les dirigimos frases de simpatía por la ventana. En la misma cárcel, los presos de derecho común nos han enviado una larga súplica, en verso y en prosa, a nosotros, “grandes revolucionarios de Petersburgo”, para que les tendiésemos una mano caritativa. Hubiésemos querido dar algo de dinero a los presos políticos, pues algunos de ellos no tienen siquiera ropa adecuada para soportar el frío, pero la dirección

² Por “medida administrativa” quiere decir sin juicio, por decisión de un gobernador de provincias o de un jefe de policía.

de la penitenciaría nos lo ha prohibido categóricamente: las “instrucciones” prohíben que los diputados entren en contacto con otros “políticos”. ¿Incluso por medio del impersonal papel moneda? ¡Qué perfectamente ha sido previsto todo!

En Tiumen no nos permitieron mandar telegramas, para mejor ocultar el lugar y el momento de llegada al destino. ¡Qué cosa tan absurda! Como si las demostraciones militares que se multiplican a nuestro paso no indicaran nuestro itinerario.

18 de enero de 1907 (Pokrovskoie). Os escribo durante la tercera etapa. Estamos extenuados de este viaje tan lento. No hacemos más que seis verstas por hora, y durante cuatro a cinco horas al día. Afortunadamente, el frío no es muy fuerte: 20°, 25°, 30° R bajo cero³. Hace tres semanas helaba hasta 52° R bajo cero. Hubiese sido muy difícil soportar esta temperatura, sobre todo por los niños.

Nos quedan aún ocho días de viaje hasta Tobolsk. No hay periódicos, ni cartas, ni noticias. Incluso las cartas que escribimos no estamos muy seguros de que sean recibidas, porque se nos ha prohibido escribir hasta que lleguemos, y tenemos que recurrir a medios que no son nada seguros. Pero, en último término, eso no es nada. Bien vestidos, respiramos este aire glacial a gusto, por lo menos nos evita la repugnante atmósfera de las celdas, y hay que tener en cuenta que en la formación del organismo humano no se había previsto la adaptación al régimen celular.

Heine escribía en 1843, en sus *Cartas de París*: “en este país tan sociable, el encierro en celdas, el método de Pensilvania, sería de una crueldad extraordinaria y el pueblo francés es demasiado generoso para comprar la tranquilidad social a ese precio. Por eso estoy seguro que a pesar de haber sido aceptado por las Cámaras, el sistema de reclusión, sistema espantoso, inhumano y antinatural, no será aplicado, y los numerosos millones que se gastan para construir edificios de este tipo serán, gracias a Dios, dinero perdido. El pueblo destruirá esas fortalezas de la nueva nobleza burguesa con una indignación semejante a aquella con la que destruyó la Bastilla. Por espantosa que hubiese sido ésta, era un lugar luminoso al lado de estas pequeñas cavernas silenciosas, a la americana, que no podían haber sido inventadas más que por un pietista de inteligencia obtusa, y adoptadas por mercaderes sin corazón que tiemblan por la propiedad”. Todo eso es cierto, pero yo prefiero la celda.

Todo sigue en Siberia como hace cinco o seis años, pero, al mismo tiempo, todo ha cambiado: no sólo han cambiado los soldados siberianos, sino también los campesinos; les gusta hablar de política y preguntan si “esto” terminará pronto. El muchacho que nos sirve de cochero y que no tiene más que 13 años, aunque dice que tiene 15, grita continuamente: “¡Levántate, pueblo obrero! ¡Levántate para la lucha, pueblo hambriento!” Los soldados le amenazan con denunciarle al oficial, pero se ve claramente que sienten una gran simpatía por él. El muchacho comprende que todos están de su parte y, sin temor, sigue exhortando al pueblo para que se levante y combata...

Desde donde paramos la primera vez os envié una carta. Era una mala isba⁴ de mujik. Las otras dos, en edificios del estado especializados en esto, no estaban menos sucias, pero eran más cómodas. Hay un sector para los hombres, otro para las mujeres, y una cocina. Dormimos sobre tablas y tenemos que conformarnos con una relativa limpieza, que es el aspecto más penoso del viaje.

Las mujeres nos traen leche, queso blanco, lechones, tortas y otras cosas para comer. Se las deja pasar, aunque esto infrinja las ordenanzas, ya que las “instrucciones” prohíben todo tipo de relaciones entre nosotros y las personas de fuera. Pero si lo cumpliesen, se verían mal para darnos de comer.

El orden lo mantiene nuestro jefe F..., al que todos, incluso los soldados, el oficial, la policía y los vendedores, llaman “el doctor”. Despliega una energía notable:

empaqueta, compra, cocina los alimentos, los distribuye, enseña cantos, da órdenes, etc. Está secundado por otros detenidos, que le ayudan cuando les corresponde y que tienen en común el no hacer nada ninguno... En este momento estamos preparando la cena en medio de una gran animación. “El doctor pide un cuchillo... El doctor pide la mantequilla... Tú, que estás de servicio, llévate la basura.” Voz del doctor: ¡Ah! ¿No comes pescado? Puedo prepararte una tortilla... Después de la cena se sirve el té. Son las mujeres las que se encargan de esto, porque así lo ha decidido el doctor.

23 de enero de 1907. Os escribo en la penúltima etapa antes, de llegar a Tobolsk. La cárcel es aquí un hermoso edificio nuevo, espacioso y limpio. Tras la suciedad de las últimas etapas, aquí descansamos a gusto. No nos quedan más que sesenta verstas para llegar a la ciudad. Estos últimos días soñamos ya con una “verdadera” prisión donde podamos lavarnos y descansar tranquilamente. No hay aquí más que un solo deportado político, antes dueño de una taberna de Odesa, condenado por hacer propaganda entre los soldados. Nos ha traído víveres y nos ha hablado de las condiciones de vida en la región de Tobolsk. La mayor parte de los deportados viven en los alrededores de la ciudad, es decir, a cien o ciento cincuenta verstas del centro, en los pueblos. Sólo hay unos cuantos deportados en el distrito de Berezov donde la vida es muy penosa y la miseria muy grande. Las evasiones son innumerables, porque no hay casi ninguna vigilancia, sería casi imposible establecer. Se atrapa a los fugitivos generalmente en Tiumen (cabeza de línea de ferrocarril)³ o en la vía. Pero la proporción de los que atrapan, en comparación con los que huyen, es insignificante.

Ayer, por casualidad, hemos leído en un viejo periódico de Tiumen que dos telegramas dirigidos a S y a mí, en la Casa de Deportados de la ciudad, no nos habían sido entregados. Los telegramas habían llegado justo en el momento en que estábamos en Tiumen y la administración no los había aceptado por las mismas razones de seguridad que les resultan tan incomprensibles como a nosotros. Se nos vigila de la manera más rigurosa. El capitán molesta a los soldados, obligándolos a montar la guardia por la noche, no sólo en los edificios en que vivimos, sino en todo el pueblo.

Y, a pesar de todo, notamos que, a medida que avanzamos hacia el Norte, el rigor se debilita: ya nos permiten ir con escolta a las tiendas, podemos pasearnos en grupos por los pueblos y a veces visitamos a otros deportados.

Los soldados nos ayudan cuanto pueden: lo que les acerca a nosotros es la oposición que formamos con ellos frente al capitán. La situación es particularmente delicada para el suboficial, que se encuentra entre el capitán y los soldados.

—No, señores — nos dijo éste el otro día, en presencia de sus hombres—, un suboficial ahora no es como antes...

—Hay algunos que querrían que fuese como antes —dijo una voz entre los soldados—, pero a éstos se les puede agarrar y enseñarles mejores modos...

Todos se echaron a reír, el suboficial se rió también, pero de mala gana.

26 de enero de 1907 (prisión de Tobolsk). Dos etapas antes de llegar a Tobolsk, un oficial de policía de la ciudad vino a nuestro encuentro para reforzar la guardia, pero también para ocuparse amablemente de nosotros. Las patrullas han sido dobladas. Se terminaron nuestros paseos a las tiendas. Sin embargo, los que viajan con sus familias han sido instalados en vehículos cubiertos [*kibitkas*]. ¡Estrecha vigilancia y perfecta cortesía! A diez verstas de la ciudad, dos deportados más se han unido a nosotros. El oficial aumentó la vigilancia, ordenó a los soldados que echasen pie a tierra, y así recorrimos el resto del

³ Tiumen está ahora en la línea del Transiberiano, Tobolsk está más al Norte. (1909)

camino. Los soldados, gruñendo contra el oficial, tuvieron que ir a pie, con el fusil al hombro.

Me veo obligado a interrumpir mi relato. El doctor, que había sido convocado a la oficina de la prisión, vino a decirnos que se nos enviaba a todos a Obdorsk, a más de mil doscientas verstas por la “carretera de invierno”, y que haremos de cuarenta a cincuenta verstas por día, bajo escolta. Es decir que, poniéndonos en el caso más favorable, admitiendo que encontremos siempre caballos, que no nos pongamos enfermos, etc., nuestro viaje durará aún más de un mes. Una vez llegados recibiremos una paga de un rublo con ochenta kopeks al mes.

En esta época del año, es muy penoso un viaje de un mes, sobre todo con niños. Nos han dicho que, de Berezov a Obdorsk, tendremos renos para los trineos. La noticia ha sido especialmente desagradable para los que llevan a sus familias.

La administración local afirma que este absurdo itinerario (cuarenta verstas al día en vez de cien) y hasta los menores detalles de la expedición han sido fijados en Petersburgo. Los sabios que trabajan allí, en los despachos, lo han previsto todo para evitar una evasión. Pero la verdad es que, de cada diez medidas indicadas por ellos, nueve están desprovistas de sentido común. Las mujeres que acompañan a sus maridos a Siberia, solicitaron permiso para salir de la cárcel los tres días que pasamos en Tobolsk. El gobernador se negó, postura que va en contra, no sólo de la razón sino del reglamento. Nuestro pequeño mundo se movilizó y redactamos una protesta inútil, por otra parte, ya que la respuesta es siempre la misma: “Son instrucciones de Petersburgo.”

Así, pues, los rumores desfavorables que habían corrido eran fundados: se nos deporta al extremo norte de esta región. Es curioso que el “espíritu de igualdad” que se aplicó en la sentencia se manifieste también en la designación del lugar al que se nos envía, el mismo para todos.

Lo que se sabe de Obdorsk en Tobolsk, es tan poco seguro como lo que podéis saber en Petersburgo. La única cosa clara, es que esta localidad se encuentra en algún sitio, más allá del círculo polar. Hay aún una cuestión: ¿Enviarán a Obdorsk un destacamento especial para vigilarnos? ¿Habrá posibilidad de organizar una evasión o nos veremos obligados a esperar entre el polo Norte y el círculo polar el desarrollo ulterior de la revolución y un cambio de régimen? Tenemos miedo de que nuestro regreso, en vez de depender de nuestra habilidad, dependa únicamente de la política. Entonces, esperaremos en Obdorsk y trabajaremos.

Enviadnos solamente libros y periódicos, periódicos y libros.

¿Quién sabe lo que pasará y en qué fecha se cumplirán nuestros cálculos? Quizá el año que tenemos que pasar en Obdorsk sea un último momento de reposo en el movimiento revolucionario, un descanso que la historia nos concede para permitirnos completar nuestros conocimientos y afilar nuestras armas. ¿Pensáis que me vuelvo fatalista? Cuando se viaja bajo escolta en dirección a Obdorsk, no es raro que uno se vuelva un poco fatalista.

29 de enero de 1907. Hace ya dos días que salimos de Tobolsk... Nos escoltan treinta soldados, a las órdenes de un suboficial. Salimos el lunes por la mañana con tiros de tres caballos (que se redujeron a dos tras el primer descanso), en enormes trineos cubiertos. La mañana era espléndida con un cielo claro, y puro, y un frío de hielo. En torno a nosotros, bosques inmóviles y como petrificados por la nieve. Un paisaje fantástico. Los caballos corrían furiosamente, como es el caso corriente en Siberia. A la salida de la ciudad (la cárcel da casi al campo) nos esperaban los deportados del lugar, unas cuarenta o cincuenta personas aproximadamente, que nos saludaban de lejos y nos preguntaban quiénes éramos y las causas de nuestra deportación... Pero tuvimos que irnos rápidamente.

Entre la gente corría ya una serie de leyendas sobre nosotros: unos decían que los exilados eran cinco generales y dos gobernadores, otros hablan de un conde acompañado de su familia, otros incluso decían que somos miembros de la Duma. La dueña de la casa donde hemos parado hoy, ha preguntado al doctor:

–¿Vosotros también sois políticos?

– Sí, políticos.

–Debéis ser los que mandan a todos los políticos del país.

En este momento nos encontramos en una habitación grande y bastante limpia, con los muros empapelados, hay un hule sobre la mesa, el suelo está encerado, tiene grandes ventanas y dos lámparas. Todo esto es muy agradable después de los sucios edificios en que hemos estado en otras etapas. Sin embargo, nos vemos obligados a dormir en el suelo porque estamos nueve en la misma habitación. Han relevado a la escolta en Tobolsk, los soldados de Tiumen eran afables y serviciales pero los de Tobolsk son vagos y groseros, lo que se explica, porque no tienen oficial y responden ante sí mismos de todo. Por otra parte, tras dos días de camino, la nueva escolta se ha “deshelado” y ahora tenemos excelentes relaciones con la mayor parte de los soldados, detalle que tiene su importancia en un viaje tan largo.

Pasado Tobolsk, en casi todos los pueblos hay “políticos”; que son generalmente campesinos deportados por revueltas en el campo, soldados y obreros; hay muy pocos intelectuales. Algunos han sido enviados aquí por decisión administrativa, otros por sentencia.

En dos pueblos por los que hemos pasado los “políticos” tienen organizados talleres corporativos [*artes*] para procurarse recursos. Hasta ahora no hemos encontrado verdadera miseria, porque la vida, por aquí, es barata; los “políticos” se instalan en casa de los campesinos, gozando de pensión completa por seis rublos al mes, que es la tarifa normal establecida por la organización de deportados. Por diez rublos se puede vivir muy aceptablemente. Cuanto más se sube hacia el Norte, más cara es la vida y más difícil encontrar trabajo.

Hemos encontrado algunos compañeros que habían vivido en Obdorsk y nos han dado informaciones muy favorables. Es un pueblo de más de mil habitantes, hay doce tiendas y las casas son como en las ciudades. Hay buenos alojamientos y es un hermoso lugar de montaña, con un clima muy sano. Los obreros encontrarán trabajo y se pueden dar clases. La vida es un poco cara, pero se gana en proporción. Esta maravillosa localidad sólo tiene una desventaja: está completamente apartada del mundo. Hay mil quinientas verstas hasta el ferrocarril y ochocientas verstas hasta la primera estación de telégrafo, y el correo llega dos veces al mes. Durante el deshielo y las lluvias, en primavera y en otoño, no llegan noticias más que cada seis semanas o dos meses, así que, aunque se forme un gobierno provisional en Petersburgo, el jefe de policía de Obdorsk seguirá gobernando aún mucho tiempo. Pero, precisamente porque el pueblo está muy lejos de Tobolsk, es relativamente animado; es un centro independiente en una inmensa región.

Los deportados no permanecen mucho tiempo en el mismo sitio, más bien viven como nómadas por la provincia. Los vapores del Obi transportan gratuitamente a los “políticos”. Los viajeros que pagan, se colocan como pueden en los rincones del barco y los “políticos” toman los mejores sitios, lo que quizá parezca extraño, pero es una tradición sólidamente establecida. Todo el mundo está tan acostumbrado que los campesinos nos dicen a propósito de nuestro viaje Obdorsk: “No estaréis mucho tiempo... en primavera volveréis en el vapor.” Pero, ¿quién sabe en qué condiciones viviremos los del sóviet y con qué fin nos envían allí?

De momento, hay orden de poner a nuestra disposición los mejores trineos y los mejores alojamientos.

Obdorsk, un punto minúsculo en la tierra... Quizá tengamos que estar muchos años allí. Mi carácter fatalista no puede inspirarme mucha tranquilidad. Con los dientes apretados recuerdo las lámparas eléctricas de nuestras calles, el ruido del tranvía y algo que es lo mejor de este mundo: el olor de un periódico recién impreso.

1 de febrero de 1907 (Iurovskoie). Las mismas impresiones que ayer. Hemos hecho más de cincuenta verstas. A mi lado, en el trineo, se sienta un soldado que me distrae contándome episodios de la guerra de Manchuria. Nos escoltan hombres del regimiento de Siberia, cuyos efectivos han sido casi enteramente renovados después de la guerra. Es el que más ha sufrido de todos los regimientos. Una parte se encuentra de guarnición en Tiumen y el resto en Tobolsk. Los soldados de Tiumen, como os he dicho, se portaron con mucha más simpatía con nosotros que los de Tobolsk, que son más groseros. Hay entre ellos un grupo bastante considerable de reaccionarios conscientes, pertenecientes a las Centurias Negras. El regimiento se compone de polacos, ucranianos y siberianos. Estos últimos son los más atrasados. Sin embargo, algunos son buenos muchachos... Al cabo de dos días nuestros nuevos guardas eran menos groseros, y esto es una cosa muy importante, puesto que, de momento, son nuestros amos, tienen sobre nosotros derecho de vida y muerte.

Mi soldado admira mucho a las chinas. “Hay allí cosas bonitas. El chino es pequeño y no parece un hombre, pero la china es hermosa: blanca, llena...”

–Y entonces– preguntó el cochero, antiguo soldado– ¿los nuestros han tenido algo que ver con las chinas?

–No, no nos dejaban verlas... Primero escondían a las chinas y luego dejaban entrar a los soldados... Pero los nuestros atraparon en *gao-lian* a una china y no lo pasaron mal del todo. Un soldado hasta se dejó la gorra. Los chinos llevaron la gorra al coronel y éste mandó formar al regimiento y preguntó “¿De quién es la gorra?”... Nadie contestó; en esos momentos importa un bledo la gorra. El asunto se quedó ahí. Pero... son bonitas las chinas...

Al salir de Tobolsk los tiros eran de tres caballos, ahora ya no son más que de dos: el camino se estrecha cada vez más.

En los pueblos en que cambiamos de tiros, los trineos nos esperan, ya preparados. El cambio se efectúa fuera del pueblo, en pleno campo. Normalmente, todo el pueblo viene a vernos, y la escena suele ser animada. Mientras que las mujeres sujetan a los caballos por la brida, los mujiks, bajo la dirección del “doctor”, se ocupan de los equipajes, y los niños corren ruidosamente alrededor nuestro. Ayer, unos “políticos” quisieron fotografiarnos en el momento en que pasábamos y nos esperaron con un aparato ante la administración, pero pasamos al galope y no tuvieron tiempo de hacerlo. Hoy, cuando entrábamos en el pueblo, donde pasamos la noche, otros “políticos” vinieron a recibirnos con una bandera roja. Eran catorce, entre ellos diez de Georgia. A la vista del estandarte revolucionario hubo una gran animación entre nuestros soldados, que amenazaron a los manifestantes con sus bayonetas y gritaron que iban a disparar. Por fin, les quitaron la bandera y les hicieron retroceder. En la escolta hay algunos soldados muy adictos al cabo, que es un Viejo Creyente. Es un hombre enormemente brutal y cruel. Su mayor placer es pegar al caballo con la culata del fusil. Con un rostro petrificado, la boca entreabierta y los ojos absolutamente fijos, tiene aspecto de idiota. Este cabo se opone continuamente al sargento que manda el destacamento, porque según él, no nos trata con suficiente dureza. Cuando se trata de quitar una bandera roja o de golpear a un “político” que sigue demasiado de cerca a los trineos, el cabo es de los primeros. Tenemos que dominarnos para evitar conflictos pues, en ese caso, no podríamos contar con la protección del sargento, que tiene miedo de su subalterno.

2 de febrero de 1907 por la noche (Demianskoie). Aunque la bandera roja al llegar nosotros a Iurovskoie fue quitada, hoy hemos visto otra, en un montículo de nieve a la salida del pueblo. Esta vez nadie la ha tocado, porque los soldados no quisieron dejar sus trineos. Desfilamos, pues, ante la bandera, y un poco más allá, a unos quinientos pasos del pueblo, cuando bajábamos hacia el río, vimos en un montón de nieve esta inscripción, en letras enormes: ¡Viva la Revolución! El cochero de mi trineo, un chico de dieciocho años, se echó a reír cuando leí en alto la inscripción.

—¿Sabéis lo que significa “¡Viva la Revolución!”?, le pregunté.

—No, no sé, me contestó después de pensarlo. Sé únicamente que se grita “Viva la Revolución”.

Pero se veía claramente que sabía bastante más de lo que decía. En general, los campesinos de por aquí sobre todo los jóvenes, son muy amables con los “políticos”.

Llegamos a la una a Demianskoie, pueblo bastante grande en el que nos encontramos ahora mismo, y donde nos ha recibido una muchedumbre de deportados, pues hay más de sesenta aquí. Los soldados se emocionaron y el cabo ha reunido rápidamente a sus fieles, dispuesto a actuar en cuanto fuera necesario. Afortunadamente, no ha pasado nada. Nos esperaban, parece, desde hace mucho tiempo y con impaciencia, ya que se había organizado una comisión especial para preparar la recepción, y habían dispuesto una magnífica cena y comfortable alojamiento en la “casa común”, pero no nos han permitido alojarnos allí. Hemos tenido que instalarnos en una isba y allí nos han llevado la cena. La entrevista con los políticos ha sido muy difícil; han logrado llegar hasta nosotros en grupos de dos o tres, y sólo por unos minutos trayéndonos los platos. En grupos hemos podido ir a la tienda, sin escolta, y por el camino hablábamos algo con los camaradas, que nos acechaban fuera todo el día. Una de las mujeres deportadas se había vestido de campesina para visitarnos, según dijo a la escolta, para vender leche, y representaba muy bien su papel; pero el dueño de la casa la denunció seguramente a los soldados porque la expulsaron enseguida. Por desgracia, el cabo estaba de guardia.

Me acuerdo de cómo recibíamos nosotros cuando estábamos en UstKutsk (en el Lena), a los deportados que pasaban, preparando sopa de coles y albóndigas rellenas, en una palabra, lo mismo que los deportados de Demianskoie han hecho por nosotros. El paso de un destacamento numeroso es un acontecimiento de gran importancia para las colonias de deportados que residen a lo largo del camino, pues se esperan siempre con impaciencia las noticias de la lejana patria.

4 de febrero de 1907, a las ocho de la tarde (Yurtas de Tsingalin). El comisario del lugar, a petición nuestra, ha preguntado a la administración de Tobolsk si no sería posible acelerar el viaje. Tobolsk ha debido pedir a su vez instrucciones a Petersburgo, y han teleografiado al comisario que podía hacer como quisiese. A pesar de que ahora haremos un promedio de setenta verstas al día, no llegaremos a Obdorsk hasta el 18 o el 20 de febrero. Claro que no es más que un cálculo aproximado.

Estamos en una aldea que se llama las Yurtas de Tsingalin⁴. No son, en realidad, yurtas sino isbas. La población se compone principalmente de ostiacos, pueblo aborigen, con rasgos muy marcados. Su forma de vida y la lengua que emplean son las del campesino ruso. Se dan mucho más a la bebida que los siberianos. Beben todos los días, desde que amanece, de modo que a mediodía todos están borrachos.

Un deportado que vive aquí, el maestro N, nos ha contado cosas curiosas: al saber que se esperaba a unos desconocidos, a los que en todas partes se recibía con grandes

⁴ Yurta: primitiva casa siberiana, especie de tienda formada por algunas maderas colocadas en cono y cubierta por pieles de reno o fieltro.

ceremonias, los ostiacos, asustados, habían dejado de beber y han escondido incluso el aguardiente. Por esto encontramos a los habitantes de la aldea bastante serenos. Por la noche, sin embargo, el ostiaco en cuya casa nos alojamos, volvió borracho.

Aquí empiezan ya las pesquerías; es más difícil encontrar carne que pescado. El maestro del que acabo de hablar, ha organizado una corporación (*artel*) de pescadores, compuesta de deportados y campesinos. Ha hecho comprar redes, dirige él mismo la pesca y vigila el transporte de pescado a Tobolsk. El verano pasado, el artel ha tenido un excedente de cien rublos por trabajador. Se las arreglan, y van viviendo. También es cierto que a N se la manifestó una hernia pescando.

6 de febrero de 1907 (Samarovo). Ayer hicimos setenta y cinco verstas, hoy setenta y tres; mañana haremos aproximadamente lo mismo. Hemos dejado atrás la zona agrícola. A partir de aquí, los habitantes, rusos u ostiacos, se ocupan exclusivamente de la pesca.

Es sorprendente ver hasta qué punto la región de Tobolsk está poblada de “políticos” ... No hay una sola aldea en la que no haya algunos. El dueño de la isba en la que nos alojamos, nos ha contado que antes no había ningún deportado, pero que han llegado muchos de todas partes poco después del manifiesto del 17 de octubre. “Desde entonces no cesan de venir.” ¡Así es cómo se ha notado en esta región la era constitucional!

Los “políticos” comparten en muchos lugares las ocupaciones de los nativos: recogen y limpian cerdos, pescan, recogen frutas salvajes y cazan. Los más emprendedores han fundado talleres y tiendas en cooperativa, así como arteles de pescadores. Los campesinos los tratan muy bien. Aquí, por ejemplo, en Samarovo, que es un gran pueblo de comerciantes, los campesinos han dedicado al alojamiento gratuito de los “políticos” una casa entera y han dado a los primeros que llegaron una ternera y dos sacos de harina de regalo. Las tiendas, de acuerdo con la costumbre, dan los géneros a los “políticos” más baratos que a los otros habitantes. Una parte de los deportados vive en común en una casa suya sobre la que flota siempre una bandera roja. ¡Tratad de poner esa bandera en París, en Berlín o en Ginebra y veréis lo que pasa!

A propósito de esto, voy a contaros dos o tres observaciones que he hecho sobre los deportados de esta región.

La sociedad “política” de prisiones y de Siberia se democratiza cada vez más, como se ha venido señalando muchas veces desde 1890. Los obreros constituyen una proporción cada vez más numerosa entre los “políticos” y dejan muy atrás a los intelectuales revolucionarios, que en cambio consideran desde hace tiempo la fortaleza de Pedro y Pablo, la prisión de las Cruces y la de Kolimsk como una especie de herencia privilegiada: esos calabozos son, para ellos, como mayorazgos. Yo mismo encontré, en los primeros años del siglo, miembros de los partidos de la Libertad del Pueblo (*Narodovoltsi*) y del Derecho Popular (*Marodopravsto*: constitucionales) que alzaban los hombros desdeñosamente al ver los barcos dedicados al transporte de detenidos: esos barcos transportaban, en efecto, a simples deshollinadores de Vilna o a obreros de la construcción de Minsk. Pero el obrero deportado de esa época era casi siempre miembro de una organización revolucionaria y poseía un nivel político y moral notable.

Casi todos los deportados, salvo quizá los obreros que provenían de la zona llamada “de los judíos”⁵ pasaban previamente por la criba de un interrogatorio policíaco y, por poco preparados que estuviesen los que la hacían, se ponía aparte a los obreros más avanzados. Por eso los deportados representaban un nivel intelectual y moral digno de atención.

⁵ Es decir, provincias asignadas a la población judía (salvo excepciones rigurosamente determinadas): especie de guetos dentro del estado.

Los deportados de nuestro periodo “constitucional” tienen un carácter muy distinto. No se ve ya la organización, sino más bien el movimiento de masas, las fuerzas elementales. La policía no interroga, detiene a las gentes en las calles y las envía aquí. Se deporta, se fusila al primero que se atrapa entre la muchedumbre. Tras el aplastamiento de las revueltas populares, empieza el periodo de las “operaciones de militantes”, de las “expropiaciones” hechas con un fin revolucionario o bajo el pretexto de revolución; entonces se producen las aventuras de los maximalistas y también, más simplemente, incursiones de granujas. Cuando era imposible ahorcarlos en el lugar, la administración los expedía a Siberia. Se comprende que entre la multitud que participaba “en los disturbios” haya un buen número de personas ajenas a toda idea revolucionaria, detenidas por azar, muchos desocupados y algunos representantes de la canalla que merodea por la noche en las grandes ciudades. Podemos apreciar hasta qué punto ha debido influir esta situación en el mundo de los deportados.

Otra circunstancia actúa fatalmente en el mismo sentido: las evasiones. Los que huyen son, claro está, los más activos, los más conscientes: un partido les espera, un trabajo les atrae. Para tener una idea del número de evasiones, basta decir que cuatrocientos cincuenta deportados en una provincia de la región de Tobolsk no quedan más que unos cien. Los que se quedan son unos perezosos, y así la inmensa mayoría de los deportados está compuesta de gentes oscuras, sin vínculos políticos, víctimas de la casualidad, por lo que la vida se hace más difícil para los elementos conscientes que por cualquier circunstancia, no han podido volver a Rusia. Todos los “políticos” están ligados entre sí por una solidaridad moral ante la población.

8 de febrero de 1907 (Yurtas de Karimkrin). Hicimos ayer setenta y cinco verstas y hoy noventa. Hemos llegado muy cansados y nos hemos acostado enseguida.

Estamos en un pueblucho de ostiacos, en una isba pequeña y sucia. En la infecta cocina se apretujan, con los ostiacos borrachos, los soldados de la escolta, que tiemblan de frío. En otra habitación bala un cordero... Hay una boda en el pueblo, estamos en la época de bodas. Todos los ostiacos beben y los borrachos tratan a veces de entrar a nuestra isba.

Nos ha visitado un anciano de Saratov, deportado por orden gubernativa, borracho también. Nos dice que ha venido aquí desde Berezov con un compañero para buscar carne: es su “pequeño negocio”. Los dos son “políticos”.

Es difícil hacerse una idea de los preparativos que se han hecho aquí con vistas a nuestro paso. Nuestro convoy, como ya he dicho, se compone de veintidós trineos cubiertos, y necesitamos aproximadamente cincuenta caballos. Es raro que se encuentren tantos en los pueblos, y se ven obligados a hacerlos venir de lejos. A veces hemos encontrado caballos que habían sido traídos de una distancia de cien verstas y, sin embargo, cambiábamos de caballo cada diez o quince verstas. Es decir, que un ostiaco trae su caballo desde cien verstas para que dos miembros del Sóviet de Diputados Obreros puedan recorrer en él diez. Como no se sabe nunca exactamente el día de nuestra llegada, los cocheros, venidos de lejos, nos esperan a veces semanas enteras. Un lío parecido no se les había presentado más que otra vez, cuando pasó “el señor gobernador en persona...”.

He hablado ya de la simpatía que nos manifiestan a nosotros y, en general, a todos los “políticos”, y los campesinos de esta región. Ocurrió un incidente en Belogorie, pueblo de Berezov que merece ser contado. Un grupo de campesinos de esta localidad había organizado una recepción en nuestro honor, pagándola entre todos, con té y algunos platos fríos; querían darnos además seis rublos. Rechazamos, claro está, el dinero, pero aceptamos el té. Los soldados de la escolta nos lo impidieron y tuvimos que renunciar. El sargento nos lo había permitido, pero el cabo empezó a gritar y a amenazar al sargento

con una denuncia. Salimos, pues de la isba sin haber contentado a los que nos invitaban. Casi todos los habitantes del pueblo nos siguieron; fue una verdadera manifestación.

9 de febrero de 1907 (Kandinskoie). Hasta Berezov nos quedan aún dos días de viaje. Llegaremos el 11. Hoy estoy francamente cansado: durante nueve o diez horas de marcha ininterrumpida no se puede comer. Seguimos el curso del Obi. La orilla derecha es montañosa, pero la de la izquierda es baja. Un tiempo tranquilo y suave. A ambos lados de la carretera, ramas de abeto plantadas en la nieve indican el camino. Nuestros cocheros son casi todos ostiacos. Los trineos tienen tiros de dos o tres caballos en hilera, pues el camino se estrecha cada vez más. Los cocheros se sirven de un largo látigo de cuerdas, con un gran puño. El convoy ocupa un gran trecho. El cochero lanza de vez en cuando un fuerte grito, entonces los caballos se ponen al galope y se eleva una nube de nieve que corta la respiración. Los trineos se precipitan unos sobre otros, de modo que se siente en el hombro el aliento caliente del caballo que sigue. Si uno de los caballos cae, si un arnés se rompe, todo el convoy se detiene. Estamos como hipnotizados por esta marcha interminable. Un momento de silencio. Los cocheros se llaman unos a otros por medio de gritos roncros, en ostiaco. Después, los caballos vuelven a partir al galope. Estas frecuentes detenciones nos hacen perder mucho tiempo y no permiten a los conductores demostrar toda su habilidad. Vamos a unas quince verstas por hora, mientras que aquí, en condiciones normales, se pueden hacer fácilmente dieciocho, veinte e incluso veinticinco verstas en el mismo tiempo...

Una marcha rápida es habitual en Siberia y, en cierto sentido, necesaria a causa de las inmensas distancias. Pero un viaje como el que hacemos no lo había visto nunca, ni siquiera cuando me llevaron al Lena.

Por fin llegamos al relevo de tiro. Fuera del pueblo nos esperan trineos preparados y caballos de refresco, estos últimos para los trineos familiares, que no cambiarán de caballos hasta Berezov. Hemos hecho rápidamente el cambio y continuamos el viaje. Los cocheros tienen una manera particular de sentarse, en la parte delantera del trineo hay una madera fijada en el borde, y ahí es donde se sientan, de lado, con las piernas colgando. Cuando los caballos galopan y el trineo se inclina, el cochero se inclina también del lado contrario y vuelve a ponerlo derecho; a veces, incluso, toca el suelo con los pies...

12 de febrero de 1907 (Cárcel de Berezov). Hace cinco o seis días (no os lo he dicho antes para no inquietaros inútilmente) hemos atravesado una localidad en donde había una epidemia de tifus exantemático; pero ya estamos muy lejos de ese lugar. En las Yurtas de Tsingalin había tifus en treinta isbas de cada sesenta, y lo mismo en los demás pueblos; la mortalidad es terrible, no hay un cochero que no cite algún muerto en su familia. La aceleración de nuestro viaje y la modificación del itinerario han sido motivadas por el tifus; es por lo que el comisario había telegrafiado a Tobolsk.

Los últimos días hemos hecho ochenta y cien en verstas cada veinticuatro horas, es decir, casi un grado hacia el norte. Gracias a este avance ininterrumpido, los cultivos –si es que se puede hablar aquí de cultivo– y la vegetación disminuyen a ojos vistas. Cada día descendemos un peldaño en el salvaje reino del frío. Es la misma impresión que debe tener un turista que atraviesa una alta montaña y pasa de una zona a otra... Al principio podíamos ver aún campesinos rusos que gozan de un cierto bienestar; después encontramos ostiacos rusificados que, por matrimonios con rusas, tienen sólo a medias tipo mongol. Después dejamos atrás la zona de la agricultura y apareció el ostiaco pescador y el ostiaco cazador, que es un individuo de talla pequeña, con cabellos largos, y que se expresa en ruso con dificultad. El número de caballos disponibles disminuye y los animales son cada vez más endebles: el tráfico no es importante y un perro de caza es

más útil que un caballo por estos lugares. La carretera cada vez es peor, estrecha, sin nivelar... Y, sin embargo, según dice el comisario, los ostiacos de aquí son gentes verdaderamente educadas en comparación con los que viven junto a los afluentes del Obi.

No están muy seguros de cómo considerarnos, más bien lo hacen con un cierto asombro, quizá como si fuésemos jefes provisionalmente en desgracia. Un ostiaco nos preguntaba hoy: “¿Dónde está vuestro general?, enseñádmelo... querría verlo ... no he visto nunca un general...” Al poner un ostiaco un caballo malo en el tiro el otro le gritó: “¡Pon un animal mejor, que no lo estás preparando para el comisario!” El caso contrario se produjo una sola vez, un ostiaco, sujetando un caballo, dijo: “No vale la pena molestarse, no son personas importantes.”

Ayer por la noche llegamos a Berezov. La ciudad se parece a Verjolensk, a Kirensk y a tantas otras de un millar de habitantes, con un *ispravnik* [jefe de policía] y un recaudador de impuestos. Aquí se muestran, sin garantizar la autenticidad, las tumbas de Ostermann y Menchikov⁶. Otros indican también, aunque sin la menor pretensión de que se crea, la casa de una anciana en la que comía Menchikov.

Nos han llevado directamente a la prisión. Toda la guarnición, unos cincuenta hombres, nos han hecho calle a la entrada. Hemos sabido que han limpiado la cárcel ante nuestra llegada; la han fregado durante quince días, tras haber hecho salir a todos los detenidos. En una de las salas hemos encontrado una mesa grande, cubierta con un mantel, sillas aceptables, una mesa verde para jugar a las cartas, candelabros con sus velas y una lámpara. Es casi enternecedor.

Descansaremos aquí dos días antes de continuar nuestro viaje... Sí, continuaremos... Pero yo, por mi parte, no he decidido aún en qué dirección...

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

⁶ Menchikov, favorito de Pedro el Grande, caído en desgracia, murió en el exilio en Berezov, en 1729; su enemigo, Ostermann, cayó también en desgracia y murió allí en 1747.